

ESTAMPAS MURCIANAS DE SALVADOR RUEDA (1902)

FRANCISCO JAVIER DÍEZ DE REVENGA

Resumen:

Salvador Rueda fue un poeta muy popular en los primeros años del siglo XX en toda España. Su visita Murcia durante la Semana Santa de 1902 y la publicación en la ciudad, en junio de aquel año, de su libro *El clavel murciano* ponen de relieve el aprecio que le dispensaban de los murcianos hasta el punto de que el Ayuntamiento le nombró Hijo Adoptivo de la ciudad. Para agradecer ese gesto Rueda escribió el libro, que dedicó a su ciudad adoptiva. En este artículo se examinan las características del volumen y los motivos murcianos que el poeta evocó en sus páginas.

Palabras claves:

Salvador Rueda, Murcia, *El clavel murciano*, naturaleza, ciudad, huerta, tradiciones.

Abstract:

Salvador Rueda was a very popular poet in the early years of the 20th century throughout Spain. His visit to Murcia during Holy Week in 1902 and the publication of his book *The Murcian carnation* in June of that year in the city, highlight the appreciation dispensed by the people from Murcia to the extent that the City Council named him Adoptive Son of the City. To thank the gesture Rueda wrote this book, dedicated to his adoptive city. This article examines the characteristics of the volume and the Murcian motifs that the poet evoked in its pages.

Keywords:

Salvador Rueda, Murcia, *El clavel murciano*, landscape, nature, city, Murcian Huerta, traditions.

Salvador Rueda (Málaga, 1857-Madrid, 1933) fue un poeta muy popular en los primeros años del siglo XX en toda España. Su visita Murcia durante la Semana Santa de 1902 y la publicación en la ciudad, en junio de aquel año, de su libro *El clavel murciano* ponen de relieve el aprecio de los murcianos hasta el punto de que el Ayuntamiento le nombró Hijo Adoptivo de la ciudad. Fue para agradecer ese gesto Rueda por lo que escribió este libro, que dedicó a su ciudad adoptiva.



Fotografía y firma de Salvador Rueda en *El clavel murciano*

La relación con Murcia de Salvador Rueda experimenta en los primeros meses de 1902 una inusitada notoriedad, cuando la prensa local comienza a avisar de que visitará Murcia, invitado por la familia del abogado Ezequiel Díez Sanz de Revenga, en las próximas fiestas, que este año caerán en los últimos días de marzo. Viernes Santo será el día 28.

El Diario de Murcia, del Jueves Santo 27 de marzo de 1902, recoge, bajo el título de «Salvador Rueda», una interesante información, que completará con una extensa composición en décimas, que el poeta, ya en Murcia, trae consigo de Madrid, donde ya han sido publicadas. Son los primeros frutos de su inspiración por

las maravillas de la ciudad y la huerta, que, de hecho, pasarán a formar parte de *El clavel murciano* como argumento y motivo de los sonetos, totalmente olvidados, dedicados a sus recuerdos murcianos.

Según relata *El Diario* del día 27: «Hemos tenido el gusto y el honor de que honre la redacción de este periódico con su presencia, el insigne poeta D. Salvador Rueda, honra de la poesía española, que se hospeda casa de su amigo y admirador D. Luis Díez Guirao de Revenga, a quien ha dedicado las hermosas décimas que publica el «Heraldo de Madrid», y reprodujimos en este periódico. Diez y siete años hace que estuvo D. Salvador Rueda en esta ciudad, y al verle ayer, después de tanto tiempo, hemos tenido una satisfacción al encontrarlo, casi tan joven como entonces y en la plenitud de sus extraordinarias facultades. ¡Dios le conserve la salud para honra y gloria de las letras españolas!»

El título de las décimas es «Murcia» y están dedicadas a Luis Díez Guirao de Revenga, y así figurarán en *El clavel murciano*. Como se puede advertir, despliega Rueda toda su imaginación y gusto por los aspectos más brillantes y coloristas de la naturaleza regional para ilustrar un sueño fingido, mientras viaja en el tren nocturno desde Madrid a Murcia, el famoso «tren botijo» que lo trajo a la Región para ver las procesiones de Semana Santa y desfiles de Fiestas de Primavera, con personificación de Murcia incluida. Lo más curioso es que, dejando aparte la ficción onírica, estas décimas constituyen una especie de boceto de lo que luego serán algunos los sonetos que escribirá, una vez regresado a Madrid, para el libro: palmeras, naranjos, gusanos de seda, la torre de la catedral, su órgano, la huerta, el río...:

Se apostaron a volar
el tren y mi fantasía
y comenzaron un día
locos los dos a rodar.
Él huía sin cesar,
en sus alas circulares,
y otras alas singulares
tendió mi imaginación
buscando la dirección
del país de los palmerales.

Era la tierra murciana
la alegre y distante meta,
a la que un tren y un poeta
partieron en caravana.
Con fiereza soberana
empeñaron la porfía;
el tren por rieles corría
del alba al claro arrebol,
y por los rayos del sol
volaba mi fantasía.

Él, en su marcha ligera,
moviendo al paso las ramas,
Con su melena de llamas
alumbraba su carrera.
En su negruzca cimera
formaba el humo turbantes,
y sus sonidos sonantes
saltaban sobre torrentes,
salvando abismos y puentes
y túneles resonantes.

Yo, por la senda del viento
iba pisando el celaje.
haciendo vía de encaje
a mi raudo pensamiento.
Desde el azul firmamento
miré al remoto confín,
y caminando a mi fin
salvé crestas inflamadas,
puentes de nieblas doradas
y túneles de carmín.

Durmióse un punto mi frente,
 imaginé a Murcia ver,
 que figura de mujer
 iba tomando en mi mente.
 Su gracioso continente
 era de andaluza y mora,
 y su imagen seductora
 se diseñaba indecisa
 cual si de luz y de risa
 la fuese haciendo la aurora.

Llenos de rayos y brillos
 sus ojos me miraban,
 y en sus orejas temblaban
 avellanas por zarcillos.
 De dátiles amarillos
 llevaba al cuello collares;
 se vistió de sus telares
 con sedas orientadoras,
 y eran sus labios dos moras
 sangrando sobre azahares.

Su seno se dividía
 de un velo bajo las franjas,
 en dos fragantes naranjas
 que arreboló el Mediodía.
 Un luengo manto lucía
 esmaltado de claveles,
 donde lanzaban tropeles
 de claras y vivas luces
 adornos como altramuces
 y chufas como caireles.

—¿Quién eres visión soñada?—
 dije a la mujer hermosa
 y ella exclamó ruborosa:
 —«Soy Murcia en ninfa trocada;
 á recibir tu llegada
 vine con mis atavíos:
 con perlas de mis rocíos,
 gusanos de mis morales,
 cigarras de mis parrales
 y diamantes de mis ríos.

Tengo una torre tan alta
 como en España no hay dos,
 y para llegar a Dios
 tan solo un punto le falta.

A su pie rugiendo salta
 de un órgano la armonía,
 y es de tan grande valía
 su milagroso teclado,
 que lo dejaron labrado
 los arcángeles un día.

Tengo imágenes tan bellas
 de un portentoso escultor,
 que Dios parece el autor
 que imprimió el cincel en ellas.
 Él las puso como estrellas
 en su glorioso proscenio;
 sus líneas dejó el ingenio
 de algo divino inflamadas,
 y es porque fueron creadas
 en los talleres del genio.

Tengo en mi ciudad moruna
 rejas como santuarios,
 donde ofician de incensarios
 flores que baña la luna.
 Cuando se ve por fortuna
 en los hierros la pareja,
 mientras exhalan su queja
 los dos fieros amadores,
 labran rosarios de amores
 con los besos en la reja.

Tengo una Huerta tan rica
 como un ejido oriental,
 donde una flora triunfal
 de colores la salpica.
 Con plátanos se abanica
 y con nidos se festona,
 entre parras se aprisiona
 y se ciñe de jardines,
 se embalsama con jazmines
 y con palmas se corona.

Tengo un taller de gusanos
 de un arte mágico y diestro;
 el iris es su maestro
 y él alecciona sus manos.
 Con hilos leves y vanos
 forman trazados y cruces,
 y para hombros andaluces
 recaman telas distintas,

colgando tonos y tintas
brillantes flecos de luces.

«Para tu sien de poeta
tengo una gloria en mi edén;
ven, y ceñirás tu sien
de clavel, rosa y violeta.»—

Dijo así la voz discreta
de la mujer ideal;
antes que el tren infernal
a Murcia mi mente vio,
y él de rabia me arrojó
en su tapiz oriental.

A estas décimas se refiere en un artículo de la prensa de aquellos días el erudito José Pío Tejera y Ramón de Moncada. Y es que la actividad más sobresaliente de Rueda será presenciar los más importantes festejos de la ciudad, y desde luego la procesión de la mañana de Viernes Santo, de la Cofradía de Nuestro Padre Jesús Nazareno, en la que ha de admirar las esculturas de Salzillo. De todo quedará recuerdo en los poemas de *El clavel murciano*, pero también la prensa recoge que Rueda ha presenciado la célebre procesión. Y es justamente un breve artículo, titulado «Las Procesiones. La de Jesús», firmado por el erudito, bibliotecario y bibliófilo Tejera, el que lo relata con entusiasmo en *Las Provincias de Levante* del Sábado de Gloria, 29 de marzo en un texto que termina con esta pregunta: «¿No es verdad, elegante y correcto poeta, señor D. Salvador Rueda, que esta hermosa procesión se merece unas décimas tan inspiradas en el fondo y tan bien parladas en la forma, como las que ha escrito usted en el *Heraldo de Madrid* y que *El Diario de Murcia*, *Las Provincias de Levante* y *El Correo* han tenido el buen gusto de reproducir?» Lo cierto es que no fueron décimas pero sí sonetos, y en concreto dos, dedicados al Ángel y a la Dolorosa de Salzillo los que el poeta compondría e incluiría en *El clavel murciano*.

Las décimas en cuestión recibieron toda clase de elogios de los entusiastas murcianos y no es extraño que uno de su primeros reseñitas, Francisco Bautista Monserrat lo destacase en su descripción del libro el día 18 de junio de 1902, en *El Correo de Levante*, al considerarlas «Himno amoroso, inspirado, vibrante y fluido, desbordante en amor y en gratitud a nuestra ciudad».

El clavel murciano reúne estos sonetos en forma de «pétalos» del clavel, en total veintiuno, precedidos de otros tres sonetos introductorios: el dedicado «A Murcia, mi nueva madre. Su clavel y el mío», el que recoge el «Brindis con el clavel. En el banquete» (leído en la comida homenaje que se le ofreció como despedida de su estancia en Murcia), y «Los pistilos», dedicado a los hijos pequeños de su anfitrión (Elisa, Pilar y Ángel Díez Guirao).

Los pétalos son I. Teresa Guirao Santamaría de Revenga (esposa de su anfitrión). II. «El órgano», III. «El sueño del gusano de seda», IV. «La torre y el cielo», V. «Las palmeras», VI. «El Ángel de Salzillo», VII. «La Dolorosa de Salzillo», VIII. «El naranjo», IX. «El Mar Menor», X. «Tipo de murciana», XI. «La Aurora», XII. «El Entierro de la Sardina», XIII. «Las entrañas del Rey Sabio», XIV. «El Malecón», XV. «El Teatro de Romea», XVI. «El casino», XVII. «El Viernes Santo en Lorca», XVIII. «La Virgen de la Fuensanta», XIX. «El riego en la huerta», XX. «El río», XXI. «Pétalo último». A continuación de los sonetos figuran en el volumen las décimas

antes citadas y un poema final escrito en alejandrinos, titulado «Himno amoroso». En fin, un homenaje a Murcia en toda regla.

El libro lo debió de escribir Rueda a toda velocidad, ya que muy pocos días después de su partida de Murcia el 31 de marzo, *El Correo de Levante* del 8 de abril inserta un suelto titulado «Plumazos. El clavel murciano», en el que se asegura que el libro ya está terminado, e incluso se alude a su propia estructura. Las noticias vienen de Madrid: «Nuestro corresponsal Eduardo Bermúdez nos da cuenta de haber terminado el ilustre poeta Salvador Rueda, su anunciada composición «El clavel murciano». Lo componen veintiún sonetos, cuyos títulos nos son conocidos, en su mayoría al menos, y que seguramente serán dignos todos ellos de la brillante inspiración del vate andaluz. No puede ser más poético el homenaje que a Murcia, la ciudad de las flores, rinde el poeta que con tan hermoso colorismo sabe cantarlas. En el banquete de los literatos murcianos, se hizo descender una verdadera lluvia de flores sobre la cabeza de Salvador Rueda, y este las devuelve enriquecidas y matizadas con los matices fastuosos de su esplendorosa musa. Por adelantado, y antes de que «El clavel murciano» salga de las librerías, saludamos su próxima aparición como un acontecimiento poético y local: como el homenaje sublime de un gran poeta a un gran pueblo, uno y otro enamorados de las flores, que en esta ocasión simboliza un rojo e inmortal clavel».

Incluso sabemos que la dedicatoria del libro está fechada el 9 de abril, cuando ya debía de tenerlo terminado. Dedicatoria muy interesante porque pone de relieve cuáles han sido los propósitos de Rueda al escribir el libro y la sensación que transmiten sus palabras es de que se refiere a un trabajo ya concluido: «Excmo. Ayuntamiento de la Nobilísima Murcia: No soñé nunca, al ir a esa galante Ciudad, sino con ver esas palmas, nunca con que las palmas vibraran por mí; con ver esos maravillosos jardines, no con que ellos eligieran el más grande y hermoso clavel para mí; con admirar a esas bellísimas mujeres, no con que ellas leyesen mis pobres poesías: con dar la mano a esos murcianos alegres y a esos escritores brillantes que tan bien sienten el arte, no con que a trueque de mi mano de hombre humilde, ellos me dieran sus corazones. Pensé solo beber en esas copas, y esas copas han brindado por mí; pensé solo en querer a Murcia, y en nombre de ésta, ese Ayuntamiento generoso, compuesto de personalidades que, como la del ex-alcalde D. Diego Hernández, aman a su Ciudad tanto como a la estética, me declara hijo adoptivo de la hermosísima reina del Segura.- A una flor quiero devolver otra flor: al insigne título de hijo, quiero responder con el santo nombre de Madre: y a mi nueva Madre envío por medio de ese ilustre Ayuntamiento qué de una manera tan alta me honra, ese Clavel literario, compuesto de veinticuatro pétalos queridos. En cada uno de ellas, va, hecho rimas, mi corazón. No tiene flor más brillante mi pobreza.- Gracias, gracias, gracias.- Salvador Rueda.- Madrid 9 de abril de 1902.»

A la celeridad de su redacción alude también uno de sus primeros reseñitas, José Tolosa Hernández, en *Las Provincias de Levante*, el 11 de junio de 1902, cuando señala que «Esos sonetos hechos de un solo golpe, brotados espontáneamente de su pluma, demuestran su potencia poética, la lozanía y fecundidad de la musa que le

prodiga sus favores, y a la vez la justicia con que se le considera como uno de los mejores poetas de nuestros tiempos.»

Casi podríamos asegurar, por lo que la prensa murciana indica, que el libro lo escribe en tan solo cuatro o cinco días si no en menos. El 6 de abril, *El Diario de Murcia*, publica este suelto con el título de «Carta del Sr. Rueda»: «Nuestro amigo y colaborador D. Luis Díez Guirao, recibió ayer una expresiva carta del inspirado poeta D. Salvador Rueda, en la cual le manifiesta que se ha puesto ya a escribir los sonetos que han de formar parte de «El Clavel Murciano», los cuales llevarán por título: «La Torre», «El Ángel de la Oración», «El gusano de la seda», «El Mar Menor», «La Pesca», «La Palmera», «La Aurora», «La Nona», «El Malecón», «El Naranja», «La caída del río» y acaso otros, que serán ofrenda de gratitud del modestísimo poeta a los obsequios y distinciones que aquí se le han hecho.- En su carta adelanta dos sonetos: el que dedicado a Murcia publicamos en la primera plana de este número, y otro a los tres niños hijos de D. Ezequiel Díez, que será el tercero de la serie.- Además encarga el Sr. Rueda con insistencia al Sr. Díez Guirao, que se empiece desde luego la impresión del libro, pues tiene vivísimos deseos de que vea Murcia entera que corresponde como puede a la cariñosa acogida que le han dispensado todos los murcianos.» Ni «La Pesca» ni «La Nona» llegarían a figurar en el libro y «La Torre» y «La caída del río» llevarían otro título, como hemos de ver más adelante.

Confirma la celeridad de la escritura del libro el texto, fechado en Madrid, el 5 de abril, que Rueda incluye tras los veinticuatro sonetos y precediendo a las décimas «Murcia» y al «Himno amoroso», que cierra el libro. Se trata de una breve misiva en la que no duda el poeta en descubrir su rapidez y su espontaneidad y desde luego se detiene en justificarlas: PAISANOS DEL ALMA:- Este es el CLAVEL de poesías que ojalá fuese reventón y espléndido como lo es el que esa noble Ciudad puso en mis manos. No he querido limarlo y va espontáneo y natural tal como brotó de mi pluma.- Corresponder a un clavel *desbordado de hermosura*, con otro muy artificioso no creo que hubiera estado bien. ¡Ojalá hubiese sido yo tierra fertilísima en el momento de escribirlo! La santa tierra da flores más bellas que el alma humana.- Reciba Murcia mi pobre recuerdo.- Salvador Rueda.- Madrid, 5 de abril de 1902.»

Y en los primeros días de junio *El clavel murciano* ya estaba publicado. *El Diario de Murcia* da la noticia el día 10, con el título de «Publicación del libro»: «Se ha publicado y puesto a la venta, casa de la Sra. Viuda de Perelló, el esperado «Clavel Murciano» que contiene una inspirada colección de Sonetos y otras composiciones poéticas, de nuestro querido inolvidable D. Salvador Rueda. Además contiene las composiciones que se le dedicaron al insigne poeta y los brindis que se pronunciaron en el banquete que se le dio, durante su breve estancia en esta ciudad. En ese pequeño libro queda cantado en grande por la musa espléndida de Salvador Rueda, todo lo que en Murcia queremos más y de lo que con orgullo nos envanecemos: desde el gusano de la seda, hasta el Ángel de la Oración del Huerto. Por no desflorar ese clavel y dejar al lector que saboree sus dulcísimos aromas, no hacemos ni análisis, ni reseña de sus pétalos; pero sí hemos de copiar dos de ellos

el que dedica a la Virgen de la Fuensanta y el que dedica Rueda a su nueva madre. [Reproducen los sonetos «Virgen de la Fuensanta» y «Pétalo último»]. De este libro se agotará indudablemente la primera edición muy pronto, pues está llamado a figurar en la biblioteca o entre los libros de todo buen murciano. Reciba su autor una enhorabuena más de nuestra sincera admiración y con ella el testimonio de nuestro invariable cariño.»

Entre los sonetos, los que más interés tienen son aquellos que recogen aspectos de la naturaleza de Murcia, sobre todo porque la brillantez de las imágenes de Rueda se pone al servicio de paisajes especialmente notables. Así, el pétalo XX está dedicado a «El río» y, naturalmente, por sus versos cruza el fantasma de las inundaciones, que el poeta prefiere cambiar por la evocación del curso del río como una lira plateada, imagen musical que desarrollará en el primer terceto a través de un arpa, que armonice y evite las temidas riadas. Por supuesto, el paraíso de la Huerta de Murcia (edén) es el centro de toda la evocación fluvial...

Canta ¡oh río! las glorias de mi tierra,
las glorias de mi Murcia celebrada,
y echa a sus pies de diosas consagrada
alfombras y tapices de tu sierra.

Nunca le cantes con tu son de guerra
ni le hagas revolverse atribulada;
baja como una lira plateada
besando el suelo que su edén encierra.

Sé tú el arpa de cuerdas poderosas.
que reanime sus fuerzas vigorosas
sin que tu regio curso se desbande.

Y al bravo son de tu canción valiente,
Murcia corone de laurel su frente
igual que un pueblo poderoso y grande.

Los efectos cromáticos y las más expresivas sinestesias sirven a Rueda para evocar la plasticidad de un paisaje tan especial como el de «El Mar Menor», al que está dedicado el pétalo IX, sobre todo cuando logra captar la tranquilidad de las aguas y la multiplicación de los colores, mientras se van transmitiendo sensaciones de dulzura, luminosidad, indolencia, para concluir en la representación de la paz helena o griega, que desarrolla en míticas evocaciones de musas y vírgenes:

¡Qué espejo! ¡qué cristal! ¡cómo las brisas
besan el mar orlado de paisajes
levantado rizados oleajes
cual temblores de bucles y de risas!

Allá por las riberas indecisas
se ve un ligero cinturón de encajes,
y copian el color de los celajes
las ondas desmayadas y sumisas.

En tu azul mecedor, algo indolente,
ver el heleno mar sueña la mente
y a esa ilusión dulcísima se entrega.

Y piensa que tus aguas luminosas
cruzan musas y vírgenes y diosas
cantando un coro de alegría griega.

La representación de la vegetación murciana le corresponde a dos árboles imprescindibles en el paisaje de la huerta y el campo de Murcia: la palmera y el naranjo. Aunque, en la representación de la primera, más que a la imagen del árbol Rueda dedica su poema a la comunicación que él mismo quiere tener con su nueva madre adoptiva y, en signo sorprendente de modernidad, es el telégrafo la imagen elegida para el establecimiento de esta correspondencia entre el poeta y su nueva tierra, representada por la palmera. El pétalo v estará entonces dedicado a «Las palmeras», en las que sobresalen como no podía ser menos los efectos cromáticos del verde y del azul:

Por el largo telégrafo del viento
se entienden y se adoran las palmeras,
mirándose las verdes cabelleras
sobre el intenso azul del firmamento.

Telégrafo es mi dulce pensamiento
que lleva a Murcia, vivas y ligeras,
de mi amor las palomas mensajeras
que amaestró mi puro pensamiento.

Tú y yo, Murcia, seremos cual las palmas,
y formaremos puente a nuestras almas,
por medio de la mente voladora.

Y al mandarnos un verso que no muere,
tú serás la palmera que me quiere,
yo seré la palmera que te adora.

El paisaje de la huerta y del campo de Murcia sedujeron desde luego a Salvador Rueda, cuyo entusiasmo podemos asegurar que culminó en el poema dedicado a uno de los árboles más representativos de toda la huerta murciana: el naranjo. Así el pétalo VIII está dedicado a este árbol, evocado en un soneto en forma de letanía, adecuada para enumerar, de una forma muy sensorial, todas sus cualidades para los sentidos: tacto, sonido, aroma, sabor, vista, temperatura... Tanto la flor, el azahar, en forma de estrellas, como el fruto, la naranja, con sus aromas y sabores, están plenamente captados por el siempre expresivo e imaginativo Salvador Rueda. El poema se titula, desde luego, «El naranjo»:

Tienes ramaje para hacer los nidos,
verde dosel para brindar frescura,
grata salud para la brisa pura,
notas para canción de los oídos.

Color para los ojos divertidos,
para el olfato esencia y hermosura,
para el ansioso paladar dulzura
y para el tacto gránulos tejidos.

Para la abeja plácida ambrosía,
para la noche mágica poesía
y para Dios estrellas a millares.

Incensarios de olor para el ambiente,
para el cerebro sueños del Oriente;
para la virgen blancos azahares.

Poema espléndido que recuerda otro dedicado al mismo árbol por un poeta barroco murciano, Salvador Jacinto Polo de Medina, cuyo romance «Los naranjos», de las *Academias del jardín* (1630), posiblemente no conocería Salvador Rueda, a pesar de las coincidencias en la exaltación de todos los sentidos ante tan murciano como exquisito árbol frutal:

Pomos de olor son al prado
en el brasero de sol
estos naranjos hermosos,
que ámbar exhala su flor.
Perpetua esmeralda bella,
donde, en numerosa voz,
mil parlerías nos cuenta
el bachiller rui señor;
entre cuyas tiernas hojas
las flores que abril formó
de estrellas breves de nieve
racimos fragantes son.
Metamorfóseos del tiempo
que, en dulce transformación,
hará topacios mañana
los que son diamantes hoy,
a cuyas libreas verdes
dan vistosa guarnición
ramilletes de cristal,
fragantísimo candor.
Rico mineral del valle,
adonde franco nos dio
oro el enero encogido;
plata el mayo ostentador.

El poema advierte su extraordinario gusto barroco en el predominio de los sentidos, como en el de Rueda, ya que los elementos sensoriales aparecen muy acusados, tanto la fragancia o el aroma, como el color, el sonido o la temperatura, el calor... Los colores predominantes son el verde brillante de la hoja, el dorado (anaranjado) color del fruto y el blanco, color de la flor de azahar... Claro que los colores son vivos, y por lo tanto, cambiantes, ya que, por el metamorfóseos del tiempo, se pone en marcha la inevitable ley barroca del paso del tiempo. Los naranjos, vistos en un momento primaveral –cuajados de azahar– no son sino un preludio del fruto cierto que se espera de su flor.

No podían estar ausentes en un poeta simbolista como Salvador Rueda en su evocación de Murcia las actividades agrícolas y ganaderas, aunque sin penetrar en cuestiones naturalistas, socioeconómicas o sociolaborales. Es la mera contemplación de la belleza del paisaje la que rige la evocación, en el pétalo XIX, de «El riego en la huerta», esta vez en encendida variedad de flores (rosales, jazmines, madreselva, claveles) y árboles para concluir en la apoteosis final del agua sacralizada y divina. Las imágenes, las metáforas y las sinestesias marcan la brillante estética del soneto:

Para mirar la procesión que llega
se constelan de rosas los rosales,
y se cuaja de estrellas ideales
el jazminero en que la brisa juega.

Bajo la luz que en átomos la anega,
la madre-selva esmalta sus cendales,
y el plantel de claveles tropicales
el fuego de sus cálices despliega.

Los árboles se forman en parada
alfombrando la Huerta dilatada,
y asoma, al fin, la sacra maravilla.

Es, sin andas ni palio, el agua pura;
es la salud, la vida y la hermosura;
¡Dios pasa en ella! Hinquemos la rodilla.

El pétalo III, «El sueño del gusano de seda» quiere captar el misterio de la creación de la belleza que se lleva a cabo en el cultivo de la seda, ancestral actividad ganadera de la Huerta de Murcia. Pero en Rueda es la imaginación fastuosa y exótica la que una vez más construye todo un mundo de sueño que se convertirá al final en la maravilla brillante y colorista del tejido al que están destinadas las misteriosas hebras, con el consiguiente toque de exotismo colorista y galante:

Sobre las hojas del moral tendido
en la inefable dicha del reposo,
duerme el gusano un sueño delicioso
por deslumbrantes íris teñido.

Sueña que del capullo aun no tejido,
se desenreda el hilo misterioso
y va formando un lienzo luminoso

como el del raso espléndido y bruñido.

Luego mira unas hebras de colores
ir diseñando pájaros y flores
y ramajes que encantan la pupila.

Y ve, al fin, su sonámbula memoria,
abrirse al sol como inflamada gloria
el pañuelo brillante de Manila.

Los espacios urbanos y los edificios más sobresalientes de la ciudad también son objeto de estas estampas brillantes y entusiastas. La relación entre paisaje murciano, con su luz y su brillantez cromática, y sentimiento religioso también se advierte en el pétalo IV, soneto dedicado a «La torre y el cielo», evocación de la de la Catedral de Murcia, aunque, desde el fulgor del amanecer, se recree en la visión nocturna de la eterna vigía de la ciudad y la huerta. Los dos endecasílabos últimos del poema revelan esa maestría versificadora inagotable del gran Rueda más brillante y efectista, virtuosismos poéticos suyos que la historia literaria no le ha podido negar:

Tiene fama en el cielo, a donde llega
la altísima y gentil torre murciana,
que antes que brille el sol por la mañana
ya en los reflejos de su luz se anega.

Cuando el día en la noche se repliega
y se extingue su antorcha soberana,
las estrellas, formando caravana,
de Murcia van sobre la fértil vega.

A la luz de la luna misteriosa,
Van a admirar la torre portentosa
con sus adornos leves y ligeros.

Por eso el cielo de sus noches bellas
tiene en su azul, para tirar, estrellas;
tiene en su azul, para tirar, luceros.

Este espléndido soneto nos conduce a recodar otro poema inspirado por la torre de la Catedral de Murcia, bien distinto de este, y no solo por la concepción del poema y por su estilo y formas, sino porque la perspectiva del yo lírico es diferente también. Mientras Rueda contempla la torre desde abajo desde el amanecer a la noche, Jorge Guillén, también tan vinculado a Málaga y a Murcia, evoca en su «Panorama», una de las décimas más recordadas de *Cántico*, a la ciudad que se contempla desde lo alto de la torre. El poema se publicó por primera vez en la revista murciana *Verso y Prosa*, número 1, enero de 1927:

El caserío se entiende
Con el reloj de la torre
Para que ni el viento enmiende
Ni la luz del viento borre
La claridad del sistema

Que su panorama extrema.
 Transeúntes diminutos
 Ciñen su azar a la traza
 Que con sus rectas enlaza
 Las calles a los minutos.

Tratar de captar en el pétalo XIV, «El Malecón (El Paseo)», la originalidad de este largo parapeto murciano construido para mitigar las riadas, es lo que pretende Rueda con imágenes tan brillantes como sorprendentes, que elevan a lo fastuoso ese prodigio de la ingeniería hidráulica defensiva de las inundaciones único en España. La exótica y fastuosa imagen del pavo real abriendo sus plumas transformadora de la realidad poblada de abundantes palmeras culmina el espléndido soneto, que pone de relieve a la altura de 1902 que Rueda era precursor en la poesía española de fabulaciones y exotismos:

Como vena central de una ancha pluma
 que fuese enorme, extiéndose el paseo
 formando caprichoso serpenteo
 entre el lujo de ramas que lo abruma.

Se abre la sierra entre lejana bruma
 como un anfiteatro giganteo
 y en él vuela a la vista su deseo
 hasta el confín que en resplandor se esfuma.

Igual que un pavo real que abre el plumaje,
 abre su cola espléndida el paisaje
 del paseo prendida a las riberas.

Y en vez de hebras del iris hechas rosas,
 tiene en el haz de plumas luminosas,
 bordadas al realce mil palmeras.

El pétalo XV está dedicado a «El Teatro de Romea (El más bonito de España)», que ya adelanta en el subtítulo su admiración hacia el edificio, aunque el argumento del soneto sea el voraz incendio que casi lo destruyó pocos años antes, el 10 de diciembre de 1899, cuando era alcalde de Murcia, Diego Hernández Illán, razón por la cual, sin duda, el soneto está dedicado a este buen amigo de Rueda, justamente el político local que le consiguió el nombramiento de Hijo Adoptivo de la Ciudad y justamente el que llevaría adelante la restauración del monumento. La re-inauguración del Teatro tuvo lugar el 16 de febrero de 1901. La compañía de María Guerrero y del murciano Fernando Díaz de Mendoza puso en escena *El estigma*, de José Echegaray. El acto se aprovechó para homenajear al matrimonio de actores, así como para nombrar Hijo Predilecto de Murcia (nunca se le nombre Hijo Adoptivo, porque Echegaray se consideraba murciano, ya que en la ciudad había transcurrido su infancia y adolescencia) al autor, que asistió también al acontecimiento:

Ciego estalla el incendio temerario,
salta rota en pedazos la techumbre,
e invade un mar de pavorosa lumbre
con su roja corriente el escenario.

Del que el arte guardó como un sagrario,
no queda ni vestigio ni vislumbre,
y gime la aterrada muchedumbre
viendo su templo hundido y solitario.

Pero ya un hombre que lo bello adora
alza los muros y los palcos dora,
restaura el templo y su perdida fama.

Y la musa que hiere en la tragedia,
ríe de nuevo en la gentil comedia,
y tiembla y ruge en el sangriento drama.

No son menos interesantes los sonetos dedicados a las tradiciones, y, en particular, el pétalo xi, titulado «La “Aurora”», en el que Rueda despliega su capacidad imaginística y sinestésica para captar la singularidad de estos ancestrales grupos corales huertanos y su especial forma de cantar la salve y la Pasión en la madrugada de la Huerta. Su particular sonido, monótono, lento y bronco, lo evoca la abeja, que produce una nueva y distinta miel, mientras que el acento denso y doliente recuerda a Rueda el balido del cordero abandonado. No son inadecuadas estas metáforas con sus consiguientes sinestesias ya que captan un sonido tan complejo como original y único:

Son huertanos que cantan a la aurora
una canción cual miel de los panales,
que en acordes de voces celestiales
mece la brisa que en las palmas llora.

Una oración de abejas gemidora
parece entre lo frescos naranjales
y sube y sube en blancas espirales
hasta que allá a lo lejos se evapora.

Cual llorosos latidos de corderos
que buscan a su madre en los oteros
y juntan sus lamentos y su pena,
así suspira el orfeón sonoro
y se dijera que en el amplio coro
un cántico de arcángeles resuena.

Del mismo modo, la imaginación de Rueda se desarrolla para captar la fiesta de la enajenación colectiva de la noche sin límites, recogida en el pétalo xii, *El entierro de la sardina*. Naturalmente las fabulaciones mitológicas de las carrozas, los diferentes disfraces asombrosos y las luces de las bengalas y de los hachones despertaron, como era de esperar, la fértil imaginación del poeta, que logra captar con espléndida brillantez el fulgor de una fiesta y un desfile tan disparatado como único:

Grifos, endriagos, espantables fieras,
monstruos de apocalípticas figuras,
rasgan los aires llenos de negruras
avanzando en larguísimas hileras.

Van en carrozas bichas y quimeras
el ánima sembrando de pavuras,
e incendios derramando en las alturas,
brillan cien mil bengalas por cimeras.

De carroza a carroza los hachones
llevan hombres con amplios capuchones,
y otros arrojan llamas como un juego.

Y es el tropel de gente y llamaradas,
un río de locuras, alumbradas
por otro río de esplendor y fuego.

Queda para el final, el «Himno amoroso», que merece cierto detenimiento, independientemente de su valor argumental, reiterativo y mucho más flojo y limitado que el empleado en los sonetos. Se trata de un extenso poema formado por seis sextetos agudos alejandrinos, AAÉ:BBÉ, que la edición de *El clavel murciano* agrupa estróficamente de manera incorrecta, ya que lo distribuye por sangría de inicio de verso en tercetos alejandrinos, cuando debiera marcar la estructura de los sextetos, como proponemos a continuación en nuestra transcripción del himno, algo que confirma la propia estructura morfosintáctica y lexicosemántica de cada sexteto en relación con la estructura métrica elegida:

No sé con qué pagarte ¡oh Murcia! ¡oh madre mía!
el entusiasmo loco, la ardiente simpatía,
que en fiestas deslumbrantes tu pecho me brindó:
quisiera tener frases de tanto sentimiento
que aquí se hiciesen lágrimas, igual que en el momento
en que ensalzarte quise, y el llanto me anegó.

No tiene una palmera más ley a otra palmera,
no tiene un paloma más fe a su compañera,
ni tienen los gusanos más ansia al moral,
que yo tengo explosiones de amor para tus gentes,
aplausos y coronas de luz para sus frentes
y flores que arrojarte sobe tu manto real.

Lo mismo que descende tu augusta escalinata
tu río entre cristales magníficos de plata
y ciñe tu hermosura cual amplio cinturón,
volviera mi alma río que orlara tu regazo
para tenerte siempre cogida en un abrazo
muy cerca de mi puro ardiente corazón.

Si como tus claveles de tus jardines brotas,
mi lira los brotase en vez de aladas notas,
trocándose sus versos por cálices de luz,

dejárate enterrada con todos tus vergeles
tirándote claveles, claveles y claveles,
hasta que de tu torre llegasen a la cruz.

Quisiera de mis versos tener entre los giros,
tus brisas, y en momentos hablarte con suspiros;
tus tintas, y elogiarte con frases de color;
tus rosas, y en perfumes rimar tus cosas bellas;
tus cielos, y tus glorias cantarlas con estrellas;
tus lirios, y con ellos decirte mi dolor.

¡Oh Murcia a quien adoro! ¡Oh Madre bendecida!
ya la mujer anciana a quien debí la vida
para su sueño eterno los ojos va a cerrar:
por eso al ver que solo no quedo en el mundo,
la pena y la alegría sin lógica confundo,
y pago tus ternezas echándome a llorar.

La estrofa utilizada por Rueda es la misma, según Navarro Tomás, que empleó José Zorrilla en «Un testigo de bronce» y «La leyenda de Al-Hamar» y Rubén Darío en la célebre «Sonatina». Otros poetas hispanoamericanos se sirvieron de ella en aquellos años. Y desde el punto de vista temático se redescubre el virtuosismo del poeta distribuyendo en los sextetos nuevos plácemes hacia la ciudad que va evocando en sus maravillas (palmeras, palomas, gusanos de seda, río, claveles, brisas, tintas, rosas, cielos, glorias, lirios), que cerrará con un no poco dolorido y lacrimoso pensamiento, tan sentimental como lo es todo el poema y, por qué no decirlo, todo el libro. Pero todo se compensa con la brillantez de las imágenes, de las asociaciones cromáticas y de las confluencias sonoras, propias de un fértil Salvador Rueda, capaz de escribir un verso tan sorprendente como ese alejandrino «tirándote claveles, claveles y claveles».

Lo que queda claro para la historia literaria es que Salvador Rueda era considerado un poeta nacional y para una comunidad provinciana, muy culta y conocedora de las más avanzadas tendencias literarias, eso sí, incluir al poeta entre sus hijos más preclaros y reconocidos suponía un estímulo de primer orden para los intelectuales de la localidad, sobre todo para los más jóvenes. Si, además, el gran poeta llegó a mostrarse tan agradecido que escribió todo un poemario dedicado a la ciudad y a sus maravillas, el acontecimiento superó con creces las expectativas de aquellos meritorios y cultos ciudadanos. Pero, aun así, no puede sorprendernos, sin embargo, que la inexorable ley del tiempo destinara al más absoluto de los olvidos aquel libro y aquellas estampas murcianas de Salvador Rueda.